

ciudades dependientes del emperador, destinados á acabar con la libertad municipal floreciente hasta entónces, y establecía oficinas análogas á nuestro *registro civil*, protegía á los menores, desarrollaba la beneficencia pública, continuaba dulcificando la suerte de los esclavos, convertía á las asociaciones en personas civiles, autorizándolas para heredar, limitaba los derechos de la patria potestad y enviaba auxilios á las ciudades, les perdonaba tributos, contribuciones, etc., Verus marchaba á Siria á ponerse al frente del ejército. Su lugarteniente, Ovidius Cassius, hombre duro é inflexible, llenó de ideas republicanas y de ambición, restableció la disciplina. Priscus, otro valiente oficial, se apoderó de Armenia, mientras Cassius, renovando las hazañas de Trajano, penetró en el corazón de la Caldea, destruyó á Seleucia é incendió á Ktesifon, y aunque, como de costumbre, la retirada fué casi desastrosa, Vologeso pidió la paz. Esta paz favoreció mucho la extensión del comercio romano en aquellas regiones, como entre muchas cosas, lo atestiguan los anales chinos, que mencionan una embajada que en esa época mandó el emperador al hijo del cielo.

Los *Goths*, pueblo de origen ario-europeo, que ocupaba entónces las comarcas escandinavas, á orillas del Báltico, y que estaba destinado á jugar el papel de protagonista en el primer acto del gran drama de la invasión definitiva, á consecuencia de una guerra religiosa, según parece, (1) abandonaron la Suecia, atravesaron el mar en sus barcos de cuero, y de las orillas del Báltico, bajaron á las del mar Negro, arrollando á su paso á los *vándalos*, de su pro-

[1] Según las tradiciones oscurísimas de la Escandinavia, en el siglo II llegaron del Asia Odin y sus compañeros, conquistaron la península (Suecia y Noruega) y fundaron una nueva religión, que era la deificación de la guerra. Después de una lucha prolongada, los vencidos se expatriaron en masa: estos eran los godos.

pia sangre, y causando una espantosa confusión en el mundo bárbaro.

Llegados en gran número (se les habían agregado tribus enteras de aventureros) á orillas del Vistula, se dividieron en dos cuerpos los *Ostrogoths*, (godos del Este) acaudillados por su rey pontífice Filimer, sometieron á los *sármatas* y se posesionaron de los litorales del Euxino; los visigodos ó godos del Oeste fueron penetrando en el valle inferior del Danubio, mientras algunas de sus tribus fueron más al Oeste como los *gépidos* que llegaron á dominar la Transilvania, los *vándalos* y los *hérulos* que se fijaron en las montañas de la Moravia, los *logombardos* en el alto Oder y los *burgondos* á orillas del Saale y del Mein. Y á tiempo que en el vacío dejado por los godos en la costa del Báltico se precipitaban los esclavos, las tribus que acabamos de nombrar pasaron sobre los *suevos* hasta el grado de disolverlos ó absorberlos casi por completo, y los *suevos* obligaron á los *marcomans* á rebasar los límites del imperio. Como toda la barbarie estaba en ebullición del Rhin al Euxino, y del Báltico al Danubio, la avalancha llevaba un movimiento aceleradísimo. Arro-lló ejércitos, inundó de sangre la Panonia y mientras los *marcomans* se dirigían á los Alpes y ponían sitio á Aquilea, las tribus de los *costoboces* penetraban en el corazón de la Grecia.

Marco Aurelio los contuvo á duras penas, viéndose obligado en el curso de esta oscura y trabajosísima guerra en que no hubo ninguna acción memorable, á vender el mobiliario del Palacio para allegar recursos y á armar á los gladiadores y á los esclavos.

Vero había muerto á consecuencia de sus desórdenes y Marco Aurelio tenía encima todo el peso de la lucha, y cuando apenas había logrado contener la invasión, Cassius, el vencedor de los

parthos se sublevó en Siria, dando por motivo de su rebelión, el mal estado en que se hallaba la administración del imperio encargada á sofistas y retóricos, á cual más inhábil y corrompido.

Esto era una verdad; pero afortunadamente para el emperador, los mismos soldados de Cassius se encargaron de capturarlo y de hacerlo perecer.

Marco Aurelio se mostró clemente; por entónces visitó el Oriente, Alejandria y Atenas, que lo acogieron como á un gran filósofo; regresó á Roma á celebrar sus triunfos, designó como su heredero á su hijo Commodus, á quien colmó de honores, y en 178 volvió á la guerra á orillas del Danubio. Durante los veinte meses que duró esta campaña contra los *marcomans*, los *quads*, los *iazigos*, etc. algunos de cuyos pueblos habían hecho en sus anteriores incursiones hasta 100,000 prisioneros romanos, fué cuando Marco Aurelio compuso el libro encontrado después de su muerte y conocido en el mundo latino con el nombre de *Pensamientos*.

En verdad el estoicismo se había transformado en manos de los grandes misioneros de la filosofía, como Dion Crisóstomo y Epicteto, en una moral tan elevada y tan pura como el cristianismo. Al principio de abstención y de resignación del antiguo estoicismo había sucedido un principio de actividad, el del amor al prójimo; pero jamás había alcanzado una fórmula tan noble y tan santa como en ese diálogo sostenido por Marco Aurelio con su alma.

¿Por qué, hombre que así pensaba y que así sentía, permitió que se inundaran de sangre cristiana algunas ciudades del imperio, Lyon sobre todo? Porque Marco Aurelio grande como filósofo, era, débil, preocupado supersticioso como sumo pontífice y como emperador. A esta debilidad se debe, no sus complacencias vergenzosas con su

esposa la segunda Faustina, que esto no pasa quizá de una calumnia (1) sino la ceguedad paternal que le hizo olvidar que el secreto de la grandeza de los reinados anteriores había consistido en el principio de adopción, y en desconocer los terribles vicios de su heredero á quien dejaba el trono en una época de crisis que habría requerido un gran emperador, y sobre todo un gran caudillo. Marco Aurelio murió en *Vindobona* (Viena) el 17 de Marzo de 1800.

El siglo de oro de la historia ha concluido; sin transición aparente vamos á pasar á la edad de fierro, pero antes es conveniente, aun cuando debamos circunscribirnos á exiguos límites en asunto que requeriría volúmenes, hacernos cargo del grado á que ha llegado el progreso humano, en este momento histórico, no entrando en detalles sino consignando resultados, única cosa que puede hacerse en obras como la presente. Para registrar las pruebas cada vez más abundantes de las conclusiones que vamos á asentir y que son hoy las de la ciencia histórica, remitimos á nuestros lectores, principalmente, á los cuerpos de inscripciones de Orelli, Mommsen y Renier y á las obras sobre el imperio, de Merivale, Marquardt, Mommsen, Hirschfeld, Duruy, Aubé, y á las numerosas monografías que sobre determinadas cuestiones pertenecientes á la época que historiamos han sido publicadas en Europa.

Nosotros seguiremos especialmente el orden adoptado por Duruy en el tomo V. de la *Histoire des Romains* publicada en 76. Consideraremos el Imperio bajo su aspecto legal primero, de las costumbres después y por último filosófico y religioso.

[1] La comparación de los bustos de Comodo y de Marco Aurelio demuestran la falsedad del adulterio imputado á Faustina (v. Renan).

Las leyes que habían hecho de la familia romana el fuerte organismo que conocemos se han ido modificando desde que Roma ha extendido jurídicamente sus límites por todo el imperio y los ciudadanos romanos y sus familias llegan á sesenta y cinco millones. El derecho absoluto del padre fundado en la religión ha desaparecido, y en el curso de esta historia de Roma hemos tenido cuidado de indicar cómo conservando la apariencia de la antigua constitución de la familia, el hijo, la mujer y el esclavo han ido adquiriendo una individualidad cada vez más fuerte, y cómo á la justicia del padre se fué sustituyendo la del Estado.

La ciudad, organismo superior, cuyas moléculas constitutivas eran las familias, había abarcado las dos terceras partes del suelo y de la población de las provincias, pero por una necesidad impuesta por las circunstancias esta absorción del mundo por Roma no había hasta entonces acabado con la independencia municipal. A las divisiones nacionales del mundo conquistado, Roma sustituyó sabiamente las municipales. Cada municipio era libre en su régimen interior; elegía sus magistrados y solo había cedido al poder central los derechos de guerra y de alta justicia. Esto lo demuestran las inscripciones, las ruinas de Pompeya que elegía sus magistrados en los momentos de la erupción (se han encontrado los programas de los candidatos, la recomendación de la autoridad en favor del candidato oficial, etc.) y entre otros un texto de Ulpiano que plantea esta cuestión: ¿es lícito á un municipio permitir lo que el príncipe prohíbe? Es verdad que la autoridad central fué poco á poco invadiéndolo todo, y la correspondencia de Plinio y de Trajano demuestra la inspección que podían ejercer los emperadores hasta en las últimas funciones de los últimos

municipios del imperio. Luego, en este orden de ideas centralizadoras, fueron creados los curadores de las ciudades, después el régimen hereditario se aplicó á los cargos municipales, que ejercían los principales (decuriones) quienes respondieron con su fortuna de las deudas del municipio, por lo que las instituciones municipales, vistas con verdadero horror, declinaron y murieron. Entonces el imperio fué una masa informe, de la que se fué alejando la vida; los bárbaros lo encontraron en agonía.

Estas ciudades provinciales eran un verdadero plantel de cuyas aristocracias salieron las poderosas individualidades que renovaron la sociedad romana, y produjeron el siglo de los Antoninos. Y es que la rancia idea de la corrupción del imperio, resulta perfectamente falsa cuando de las grandes ciudades como Roma, Antioquía, Alejandría, verdaderos receptáculos de todos los vicios del mundo antiguo, se pasa á la sociedad romana que vivía próspera y tranquila en las provincias.

Mucho han exagerado los poetas satíricos y los escritores republicanos, la depravación de las costumbres en Roma. Es cierto que el lujo, muy inferior algunas veces al de nuestro tiempo, era considerable; pero las mayores fortunas, la de Narciso, por ejemplo, no pasaba de 20.000.000 de pesos, y si estas fortunas significaban una concentración de dinero que no se debía al trabajo, sino á medios reprobados, luego las confiscaciones, las contribuciones y el lujo mismo distribuían este dinero en distintas manos, y así oscilaba sin cesar la riqueza individual. Tema obligado de los historiadores de la escuela puramente literaria, ha sido este del lujo excesivo de los romanos; los casos que se citan de prodigalidad individual no hacen regla, y pasada la gran época del lujo de Lúculo á Nerón, los empe-

radores fueron los primeros en dar el ejemplo de la economía doméstica. Entonces el verdadero hijo estaba en las grandes construcciones con que á porfía se embellecían las ciudades, en los templos, en los teatros, en los anfiteatros, en los juegos. La pasión de los romanos por los juegos de carácter sangriento, siempre repugnante á los griegos, fué inmensa. Nos bastará decir que Trajano, el grande y buen emperador, hizo una vez combatir 10.000 cautivos en juegos que duraron tres semanas. En estos juegos tomaban parte los cautivos, los sentenciados á muerte y los individuos de una clase que ejercían esa industria por dinero.

No nos detendremos en repetir los detalles que de la corrupción romana nos han dejado tantos escritos civiles y eclesiásticos de la época, y sobre todo Juvenal y Petronio, porque son perfectamente conocidos. Vamos, al contrario, á indicar el reverso de la medalla. No hablamos de los personajes distinguidos, de los héroes de la virtud estoica, que en el curso de esta historia hemos mencionado, ni de las sublimes mujeres de los Paelus, de los Lucano, de los Sabinus, no hablamos de hombres como Agricola, como Tacito, como Plinio, modelos de virtud que vivían entre familias dignas de ellos; pero todos, hasta los censores más severos como Tacito, hasta los poetas más impuros como Marcial ó más implacables como Juvenal, nos hablan de otra sociedad en donde el camino recto de la justicia y del bien era constantemente seguido. Esta era la inmensa mayoría de la sociedad de las provincias. Las inscripciones sepulcrales, sobre todo, viniendo en apoyo de los escritores indican cuáles eran las virtudes amadas de aquella sociedad. Ellas son la más espléndida glorificación de las costumbres puras. Los sentimientos de dulzura

para con el esclavo, de beneficencia de individuo á individuo y de ciudad á ciudad patentizaban el gran movimiento de la solidaridad humana que se iba verificando y que el cristianismo había de marcar con su sello augusto.

Desgraciadamente la educación era detestable, entregada á retóricos que hacían de la palabra vacía de ideas y del más estéril ergotismo la base de la cultura; pero en medio de aquella charlatanería, entre la infinita y caótica variedad de todos los sistemas filosóficos se abría paso una altísima moral, la que había llegado á esta fórmula: no basta ser justos, es preciso ser caritativos, aun con los esclavos, aun con los enemigos: nuestro deber es amar á quien nos daña. Estas palabras son de Séneca: *Res est sacra miser*, y estas de Epicteto: No desear el bien ajeno, amar la fidelidad, el pudor, la justicia, los hombres; sigue estos mandamientos y será tu conciencia el templo á donde Dios mismo habrá descendido.»

Las máximas de equidad de la filosofía pagana, fueron penetrando en la dirección del imperio, gracias á los jurisconsultos, los grandes apóstoles de la civilización, y ya en las leyes, ya en sus decisiones, que en ciertas circunstancias tenían fuerza de ley, y que aun sirven de base á la legislación civil, porque son *la razón escrita*, hicieron que el reinado de Roma, que era el simple reinado de la fuerza, empezara á ser el de la justicia.

La religión cristiana que iba á hacer un dogma religioso de aquella moral purísima, debía triunfar. Todo la ayudaba: la filosofía pagana para propagar mejor su obra moral, pedía por la boca de Epicteto, el celibato de los filósofos, que entonces eran ó directores de conciencia (Pitágoras había prescrito el exámen de conciencia) para los particulares á quienes confesaban y aconse-

jaban, ó misioneros para los pueblos al través de los cuales llevaban valientemente su predicación humanitaria. Y no hablamos aquí de los dogmas metafísicos de Platon y de sus discípulos póstumos de Alejandría, que habian de servir de base á los Concilios para fijar los dogmas católicos. Así es que la filosofía, y por esto entendemos no las doctrinas de los estoicos, ni de Platon, ni de Epicuro, ni de Aristóteles, sino el conjunto de lo que cada uno de ellos ha dicho de bueno, asociando la justicia á la piedad (palabras textuales de Clemente de Alejandría) fué un antecedente necesario del cristianismo.

Pero las supersticiones lo ayudaban también; ya conocemos la inmensa fama que las prácticas extrañas de los cultos orientales tenian en Roma; pues bien, en estos cultos yacian confundidas bajo ritos impuros las ideas de redención del género humano, de pasión de un dios por los hombres, de resurrección etc., y culto había como el del medianero y redentor Mithras, de origen persa, popularísimo entre los latinos entonces, en que la eucaristía y otros ritos, le daban á tal punto una semejanza con el cristianismo, que Tertuliano, opina que era una invención del diablo para remedar á la nueva religión.

A pesar de la inmensa fusión de mitos que constituía el politeísmo de entonces, á pesar de la unificación religiosa intentada por los emperadores con el culto de Roma, estas abstracciones no tenían valor ninguno para el vulgo, ni la religión oficial sin clero y sin artículos de fé precisos, era capaz de combatir las corrientes que venían de todas partes y que, por regla general, tendían al monotheísmo.

La iglesia cristiana tenía para aquellas almas inquietas, que sentían vagamente la aproximación de un gran ca-

taclismo social, después de dos siglos de placer y de paz, un secreto maravilloso, un bálsamo divino, al que tarde ó temprano recurrirían los oprimidos; este era la doctrina de la inmortalidad del alma reducida á artículo de fé y sirviendo de base á toda la religión.—Todos los que sufrían, esperaron y fueron así consolados. Esta es la gran causa de la victoria cristiana.—Pero para obtenerla la iglesia se había preparado admirablemente.

Los ancianos (presbíteros) habían gobernado primero las iglesias: uno de ellos presidió la reunión de los presbíteros, para tratar de los intereses comunes de las iglesias en aquellos atribulados tiempos: este fué el episcopo; adecuándose á las divisiones públicas del imperio, en cada gran ciudad, metrópoli de la provincia, hubo un obispo que gozaba de mayor autoridad que los otros. A ejemplo de las asambleas provinciales, tuvo la iglesia sus concilios, que comunicaban sus decisiones los unos á los otros zanjando así los cimientos de la solidaridad de todos los cristianos. Más aún; el obispo de Roma, de la ciudad cabeza del imperio, que guardaba según una tradición que nada tiene de inverosímil, las tumbas de Pedro y Pablo, de la ciudad ilustrada por tantos martirios, en cuyo seno se habían construido los fieles abrigos que eran también cementerios (1) empezaba á ser considerado como el jefe de los demás obispos. Esta jefatura, que es á la ejercida hoy por el Papa, lo que la molécula al mundo, no estableció sus humildes principios sin lucha; pero ya era una realidad.

(1). Rossi. *Roma sotterranea cristiana* 3. vol. Este infatigable explorador de las catacumbas ha demostrado 1.º Que el cristianismo en Roma hizo muchos más prosélitos de lo que se cree, 2.º Que las catacumbas son obra de los cristianos, puesto que las canteras solo ocupan una parte insignificante de ellas y 3.º Que en su mayor parte eran hechas á ciencia de la autoridad, que permitía estas asociaciones de tenebrales entre los pobres.

Así la iglesia, nacida en las ciudades del Imperio, al amparo de las sinagogas judías, era ya un organismo, que por la admirable habilidad con que había ponderado en su seno los elementos democráticos (el pueblo elegía) los aristocráticos (obispos), y el monárquico (Papa), y por el principio fecundo de representación (concilios) era superior al organismo imperial y debía sobrevivirle. Si á esto se agrega que la patria celestial del cristiano lo desprendía de la terrestre, lo que le hacía ver en el bárbaro un hermano y lo armaba de indiferencia ante la ruina del mundo romano, habrá lo bastante para explicar los destinos de la religión cristiana, desde el punto de vista verdaderamente histórico.

*Commodo.—Pertinax.—Didius Julianus.* — 180.-193. — *Marcus Lucius Aelius Aurelius Commodus* era el primer emperador que había nacido en la púrpura: su padre lo colmó de honores desde niño, y el alma dura de su madre Faustina, se manifestó en él precozmente. A los 19 años subió al sòlio, y corrió el rumor de que había envenenado á su padre, lo que probablemente era falso. Dejó las fronteras al cuidado de sus generales Marcellus, Pertinax, Níger, Albinus, Septimius Severus, y aseguró la paz, devolviendo á los bárbaros muchas fortalezas y haciendo cesar el reclutamiento que entre ellos se había practicado siempre, para hacer ingresar á sus mejores guerreros en el ejército romano. No importaba que esta política fuese mala, lo que Commodo quería era volver á Roma y gozar.

Una vez en su capital, dejó á su prefecto de guardias, Perennis, el gobierno del Imperio, y se entregó á los más escandalosos excesos. Es verdad que la poderosa máquina del imperio marchaba sola, entretanto, pero los hábitos

viriles y la disciplina militar desaparecían. Commodo era un gladiador. Gustaba de luchar en el circo sin peligro, de matar, de olfatear y palpar la sangre humana. Esta bestia feroz se hacía adorar como un nuevo Hércules, y si no llevó adelante los milagrosos trabajos consignados en la mítica griega, sí mataba hasta 100 osos en un día. Los senadores, entre quienes estaba el historiador Dion Casius, con el alma entre los dientes, decretaban á porfía honores divinos al gladiador; de su reinado se dató el *seculo aureo* de Roma, que ya no se llamó así, sino la *Colonia Commodiana*.

Después de una conspiración contra el emperador, en la que Lucilla, hija de Verus, tomó parte, empezaron las ejecuciones y las confiscaciones. Este sistema hacía crecer el miedo de Commodo, que entregó á la amotinada soldadesca de Bretaña á su favorito Perennis, á quien dieron muerte ignominiosa, y al populacho de Roma, á su nuevo favorito, el cargador Cleander. Este, de acuerdo con el emperador, había encarecido los víveres, para lucrar; la multitud, exasperada por eso, por un incendio terrible que tuvo lugar entonces, por la peste que en tiempo de Marco Aurelio había hecho inmenso estrago, y ahora reaparecía más cruel que nunca (2,000 muertos diarios en Roma), se volvió loca de furor. (189). Mientras esto sucedía, el imperio, desgobernado, veía á un bandido, Maternus, enseñorearse de alguna provincia y amenazar al monarca en la propia capital. Solo los cristianos disfrutaron de paz completa, gracias, sin duda, á Marcia, cristiana y concubina del emperador. Cuando ésta se sintió amenazada, reunida á algunos oficiales del palacio, como Letus y Eclectus, tramó un complot, y una noche que el emperador pasaba en una escuela de gla-

diadores, preparándose para las *Saurnales*, lo hizo estrangular. (Diciembre de 192).

El emperador proclamado por los conspiradores, era un hijo de un carbonero de la Liguria, que había empezado por ser maestro de gramática, y después había recorrido los más altos grados del ejército; era entonces prefecto de la ciudad; tenía cincuenta y cuatro años y se llamaba *Publius Helvius Pertinax*. Empezó por introducir un orden severo en el Senado y una fuerte disciplina entre los pretorianos, lo que los disgustó profundamente, mientras el pueblo se disgustaba también por la disminución de donativos. Uno de los matadores de Commodus, Letus, aprovechando la mala impresión que había causado entre los pretorianos la ejecución de varios de sus compañeros que habían conspirado contra el emperador, los sublevó; trescientos de ellos partieron del campamento, invadieron el palacio y asesinaron al inermeciano (193). Había reinado tres meses.

Cuando los asesinos volvieron al campamento llevando en una pica la cabeza de Pertinax, Sulpicianus, enviado por el emperador asesinado para calmar a la soldadesca, quiso el imperio y ofreció un rico donativo; sábelo el rico patricio *Marcus Didius Severus Julianus* y corre al campamento, sube al muro y ofrece más; así empezó el remate del imperio; por fin, Juliano ofreció 1,200 pesos a cada soldado, fué proclamado emperador, y el senado temblando de miedo, confirmó la elección y decretó la muerte de Marcia y de los asesinos de Commodus.

Al conocer aquel hecho vergonzoso las legiones se sublevaron; las de Siria mandadas por Pescenius Niger y las de Pannonia por Septimius Severus. Este se mamejó con tal actividad

que al poco tiempo tenía varias legiones a sus órdenes, con las que marchó rápidamente sobre Roma. Juliano amenazó, suplicó, ofreció una transacción, que Severo sería declarado su colega, admitió a los funcionarios nombrados por este en Roma; nada le valió, los pretorianos sublevados por los agentes de Severo, entregaron a los 300 asesinos de Pertinax que fueron ejecutados en el acto y el Senado condenó a Juliano. Lo mataron en su cama. ¿Qué mal he hecho? decía (Junio-193)

*Lucius Septimius Severus* (193-211) Pertenecía el emperador a una noble familia de Leptis (Africa) y se cuenta que su hermana no sabía el latín: él había recibido una educación de jurisconsulto y de militar a un tiempo; Papinianus fué condiscipulo suyo. Empezó ejecutando a los asesinos de Pertinax y desarmando y degradando al resto de los pretorianos; y después de celebrar con pompa inmensa el apoteosis de Pertinax, Severo marchó contra Niger, excelente oficial, que proclamado emperador por las legiones sirias, había sometido de grado ó por fuerza el Asia romana, el Egipto y ocupado a Bizancio. Los lugartenientes de Severo batieron a Niger en Kizika, en Nikea, pasaron el Taurus, tornaron a vencerlo en Issos y el emperador de un día fué ejecutado en Antioquia. Solo Bizancio se resistió tres años; tomada al fin fué tratada con clemencia. Los partidarios de Niger, hombres y ciudades, fueron severamente tratados al principio y sus enemigos colmados de favores; al fin todos participaron de la gracia imperial.

Severo emprendió la consolidación por las armas de la preponderancia romana en los valles del Eufrates y el Tigris, y estaba en Mesopotamia cuando supo la rendición de Bizancio; regresó entonces a Roma (196) Albinus, el caudillo de las legiones de Bretaña, había

sido colmado de honores por el emperador y declarado César. Pero veía crecer con inquietud a los hijos de Severo, por un lado, y por otro la aristocracia romana lo invitaba a aprovecharse de la ausencia de Severo para apoderarse de Roma. A su vuelta a la capital el emperador hizo declarar a Albinus enemigo público, dió a su hijo Aurelio Antonino (Caracalla) el título de César, se hizo proclamar hijo de Marco Aurelio y marchó contra el rebelde. El choque fué terrible, y la inquietud y la desesperación de aquella sociedad, causada de guerras era tal, que el pueblo entero se levantó un día en masa en el circo, gritando: *la paz, la paz, por la salud del pueblo*. Los abinistas fueron vencidos en Lyon, en medio de una espantosa carnicería; Albinus se suicidó. Severo, que había encontrado los hilos de la conspiración de la aristocracia con Albinus, se volvió terrible contra el Senado; veintinueve senadores perecieron, y la España y las Galias tuvieron también sus proscripciones.

Apénas había concluido esta guerra cuando Severo se vió obligado a volver al Asia, porque Vologeso IV y los parthos habían invadido la Mesopotamia. Llevó sus armas hasta Ktesifon, en donde hizo 100,000 cautivos; en la retirada, difícil como siempre, Severo no pudo apoderarse de la plaza fuerte de Atra. Los soldados en esta campaña proclamaron Augusto a Caracalla, y César a Geta.

Severo se detuvo algún tiempo en el Asia y siguiendo las huellas de Adriano llenó de magníficas construcciones las ciudades, cubrió los caminos del desierto de rutas y fortalezas que guardan los vestigios de la más refinada civilización en lugares en donde no se atreve a aventurarse el viajero hoy; y en las rocas del Sinaí ó en las gargantas del Haouran, se encuentran inscripciones en

que el legionario ha formulado así el espíritu civilizador del imperio: *sum civis romanus*. Severo visitó el Egipto, subió hasta Thebas, en donde hizo restaurar y enmudecer la estatua de Memnon, y permaneció algún tiempo en Alejandría. En 202 volvió a Roma por la Thracia y las Provincias danubianas.

En la capital todo era fiestas; en el curso de ellas, el año de 104, tuvo lugar un incidente extraño. Plautianus, suegro de Caracalla, y de quien eran enemigos jurados la emperatriz, la siria Julia Domna y su yerno, tenía los honores y el rango de un vice-emperador y por más acusaciones é intrigas que se tramaban contra él en la familia imperial, Severo que reservaba en él un guía y un consejero para sus hijos, lo apoyaba. Caracalla inventó una conspiración contra su padre y contra él, y a la vista de Severo, y en su propia habitación hizo dar muerte a Plautianus. Esto indicaba cuán débil era el padre con aquel joven monstruo. Muchos inocentes perecieron a consecuencia de esta pretendida conspiración. Con este motivo algunos historiadores, Duruy, entre otros, rebajan demasiado el carácter del Senado: ¿qué podían hacer estos hombres, que no contaban con un soldado? Nada. Pero conservaron siempre por lo menos, el derecho de aprobar la elección de los emperadores, y en la época de confusión que iba a venir este derecho mantuvo con la fuerza moral del Senado el centro de autoridad para el imperio.

Este emperador, á causa del inflexible vigor que usó algunas veces con sus enemigos, ha sido comparado á Luis XI, pero era superior al rey francés de quien no se podía decir lo que de Severo decía Dion: no hizo morir a nadie para procurarse dinero. Basta recordar que su amigo de la juventud Papiniano había sucedido a Plautianus, y

que Paulo y Ulpiano formaban parte de su consejo, que la multitud de lacayos y domésticos que hasta entonces habían gobernado el imperio había desaparecido, y la mujer del emperador que inauguró la importantísima influencia de las mujeres sirias de la familia de Severo en aquel período de transición, Julia, hija del gran sacerdote del sol en Emesa, era llamada *domna* por los soldados (contracción de *domina*) y la filósofo por el gran círculo de personas de talento que la rodeaba y en donde brillaban, además de los jurisperitos mencionados, los primeros de su época y de todas las épocas, quizá, Diógenes Laercio, el insignificante autor de las *vidas de los filósofos*, el retórico Filostrato, autor de una vida fantástica de Apolonio de Tyana, el célebre taumaturgo de quien la corte de Severo quiso hacer un rival de Jesús, y Eliano, y Galiano y Sammonicus, apasionados por los secretos de la naturaleza.

A estas reuniones daban mayor atractivo Julia Mæsa, hermana de la emperatriz, que llegó a ser abuela y creadora de dos emperadores y sus hijas Julia Scæmias, que fué madre de Elagabal, y Julia Mammæa que lo fué de Alejandro Severo. Todas estas mujeres curiosas de penetrar en el movimiento religioso de la época, apegadas al pitagorismo alejandrino que tenía tantos puntos de contacto con el cristianismo, adoradoras de Apolonio de Tyana en quien veían un Cristo pagano y amigas de Orígenes que era para ellas un Pitágoras cristiano, trajeron al gobierno del imperio un penetrante perfume de orientalismo que debía consumir la disolución de la vieja religión de Roma y hacer a la sociedad escogida del imperio, devota del sol, y por fin de un Dios único.

Con jurisperitos de la talla de los que hemos mencionado, Severo dió in-

numerables disposiciones excelentes y útiles, modificando el rigor de la penalidad, endulzando el de la confiscación, el de la suerte de los hijos habidos fuera de matrimonio, castigando a los acusadores temerarios, velando por los menores, continuando la obra santa de mejorar la condición del esclavo, en quien la jurisprudencia y la filosofía veían ya un hombre, y cayendo en el error de querer reformar radicalmente las costumbres inmorales de su tiempo por medio de leyes sobre el adulterio, etc. Solo que al revés de otros emperadores él daba el ejemplo de una vida laboriosa y honrada.

En la época de Severo el cristianismo estaba ya formado, una serie de hombres notables enriquecían con sus producciones la literatura de la religión naciente, desde las epístolas de Pablo hasta las ardientes producciones polémicas de Tertuliano; las tradiciones estaban condensadas ya en muchos escritos griegos, de entre los cuales la iglesia había seleccionado los cuatro evangelios, la historia de los apóstoles del autor del tercer evangelio, Lucas, y varias colecciones epistolares, atribuidas a los discípulos inmediatos de Jesús. El dogma fundamental de la divinidad de Cristo estaba ya fijado en sus líneas principales, el de la Trinidad, que había empezado a desenvolverse en tiempo de Marco Aurelio, Teófilo de Antioquia encontraba un filósofo de talento, Clemente de Alejandría y un apóstol de génio, Orígenes, que lo exponían resueltamente siguiendo los procedimientos dialécticos de la escuela alejandrina cuyos primeros vástagos cristianos eran.

Los sacramentos habían nacido también; de la acción de gracias que terminaba las agapas de los primeros cristianos, recuerdo de la última cena, había nacido el sacramento de la Eucaris-

tía; el bautismo, señal de adhesión a la Iglesia, se había convertido en un renacimiento del alma; la confesión, hecha primero públicamente a la asamblea de los fieles, empezaba por la fuerza de las cosas a dar lugar a la confesión auricular, medio maravilloso para gobernar las conciencias, y que en los siglos que iban a venir sería un instrumento civilizador de primera clase; a él se debe la moralización del mundo bárbaro. La unción judía hecha con aceite al moribundo, se indicaba ya como un sacramento en una *homilía* de Orígenes y los primeros vestigios de la tendencia que había de hacer del matrimonio, otro sacramento, y un precepto del celibato de los clérigos, que en los tiempos que historiamos podían casarse, aparecen ya.

Por supuesto la idea central de la disciplina eclesiástica, que hacia del obispo en Roma, el jefe de la cristiandad, continuaba haciendo progresos, y la vivaz autonomía de las primeras iglesias, que tenían sus liturgias, sus tradiciones, y sus tendencias especiales, iba absorbiéndose en ese gran movimiento de integración, cuyo núcleo era la capital del mundo.

Pero si la Iglesia progresaba en su organización interior, este no era un progreso pacífico, sino que provenía de terribles luchas interiores y exteriores. Interiores, como las herejías que acompañaron la formación del dogma cristiano, desde el primer momento de su vida, y en las que se contaminaron hombres como Orígenes, Tertuliano, Pablo de Samosata, etc., y como las ambiciones que perturbaban el orden en las iglesias, sobre todo en la de Roma. Precisamente en la época que narramos, tuvieron lugar en la capital del orbe los episodios singulares de que habla la obra titulada *Philosophumena*, encontrada hace cuarenta años, y cuyo

autor probablemente es un obispo de las cercanías de Roma; ella muestra el papel vergonzoso de algunos Papas de la época.

A pesar de esto, la Iglesia marchaba y tenía ya templos, cementerios públicos, y empezaba a organizar, ayudada por la devoción sin límites de las admirables mujeres de este doloroso período de la formación del cristianismo, asociaciones de caridad y de educación.

Severo, siguiendo el ejemplo de algunos de sus grandes antecesores y por idénticos motivos, mas bien permitió que dirigió una persecución provocada por las imprudencias de los cristianos, y las grandes ciudades como Alejandría, Antioquia, Smyrna, pero sobre todo Cartago, se ensangrentaron con las ejecuciones de los mártires.

Después de una expedición a la Bretaña insular, Severo murió dejando al imperio en una paz profunda y pronunciando estas palabras: *Vamos, veamos si hay algo que hacer*. Efectivamente, a su trabajo, a su recto aunque duro carácter, se debía la paz; la guerra vendría de su debilidad paternal (Febrero de 211.)

*Caracalla* (211-217) Severo dejó dos herederos, el mayor *Bassianus Marcus Aurelius Antoninus*, que tantas muestras de ferocidad había dado durante el reinado de su padre, empezó a gobernar matando a su hermano Geta, quizá tan depravado como él, en los brazos de su madre Julia Domna. El fratricida, fuerte con el perdón de su madre, que conservó durante todo el reinado, grandísima influencia, se comparó a Rómulo e hizo perecer, según Dion, hasta veinte mil personas que suponía partidarias de su hermano; entre ellos al célebre Papiniano que, mas enérgico que Seneca lo había sido en tiempo de Neron, se negó a hacer la apología del fratricida.

El resto de la historia de este loco, que acosado por una enfermedad secreta, se entregaba á todas las supersticiones, á todos los charlatanes, ó á todos los desenfrenos, fué digna de sus comienzos. Para costear sus orgías y sus prodigalidades, recurrió á una gran medida fiscal, muy celebrada por S. Agustín en la antigüedad y por Am. Thierry en nuestros días. Hizo ciudadanos de Roma á todos los habitantes del Imperio. El moderno vé en esto el sistema de encerrar á todo el imperio dentro de los límites jurídicos de la ciudad; el padre de la Iglesia, la gran extensión que con esta medida recibieron las distribuciones de alimentos á los pobres de todo el imperio, privilegio ántes, de Roma. Caracalla buscaba el producto de las contribuciones, y fuera del derecho de apelación á Roma, comun desde entonces á todos, las distinciones entre las ciudades continuaron.

Como Domiciano, quiso corregir las costumbres, condenando á los adúlteros, y á las vestales perjuras; y más que Domiciano, aduló y hartó de oro á los soldados. En busca de botín y soñándose un nuevo Alejandro, marchó á las Galias, venció á los alamans en el Mein; bajó al Asia, visitó á Troya, en donde envenenó á un amigo suyo que consintió en hacer el papel de Patroklos, en una farsa homérica; quiso hacer la guerra á los parthos, pero no encontrando motivo, la declaró á los armenios, que vencieron á sus soldados; luego pasó á Alejandría, algunos de cuyos habitantes se habían burlado de él, insultando á su madre con crueles epigramas; ocupó militarmente la ciudad, y dió orden á la soldadesca de pillar y matar hasta que se cansara. Esta horrenda venganza duró muchos días; los soldados la suspendieron cuando quisieron.

Preparando una campaña contra los

parthos, murió asesinado aquel hombre, á quien tantos males debió el imperio, y Roma las prodigiosas *thermas* que son quizá el último esfuerzo del arte romano.

*Macrino.—Elagabal.—(217-222).—* Un soldado había dado muerte á Caracalla, á instigación de *Marcus Opellius Macrinus*, hombre recto, que había empezado por ser gladiador, y que solo se resolvió á asesinar á su favorecedor, cuando supo que éste intentaba quitarle la vida. Los soldados manifestaron tal ira al conocer la muerte de Caracalla, que Macrino se vió obligado á fingir un gran sentimiento; á esto debió el imperio. Su actitud con el Senado, con las tropas, con los proscritos fué bondadosa, pero débil. Llevó á las legiones á la guerra con los parthos, que lo obligaron á pedir la paz y á pagarles una cantidad de dinero; á igual humillación se sometió con el rey de Armenia y lo mismo sucedió con los bárbaros del Danubio. Antes de abandonar el Oriente quiso hacer algo en favor de la disciplina lo que disgustó á aquella insolente soldadesca del Asia. Entonces las tres Julias, Mæsa, Soemia y Mammea, que despues de que la madre de Caracalla se había dejado morir al saber la muerte de su hijo, habían sido confinadas á Edessa, su tierra natal, pusieron en planta el plan que habían concebido de colocar en el trono al joven *Varus Avitus Bassianus*, hijo de la segunda y de Caracalla, segun algunos, y de quien habían hecho un sacerdote de *Elagabal*, el dios patrono de Emessa. El tesoro del templo fué el auxiliar principal de la intriga; primero se les pasó una legion y despues un ejercito; con el avanzaron sobre Macrino, que al primer choque huyó á Antioquia y despues al prisionero y poco despues muerto (218.)

El adolescente de 14 años que le sucedió en el trono, marchó á Roma con su séquito de mujeres sirias y entró en la capital del imperio llevando en su carro de triunfo á su dios, simbólicamente en una piedra meteórica de figura cónica. El nombre de este dios ha sido trasladado á su gran sacerdote, que la historia llama Elagabal. Con el culto de esta divinidad solar, el albañal inmundo del naturalismo sirio encharcó el palacio de Marco Aurelio. No describiremos el lujo insensato ni nos detendremos en pintar los vicios de este miserable. Nada tiene que aprovechar la historia de ese infame espectáculo. Bástenos decir que cada una de sus comidas costaba un tesoro, que cansado de ser hombre, se convirtió en mujer é hizo proclamar su matrimonio con un soldado, que casó á su dios con la Astarté de Cartago y que hizo que los dioses greco-latinos, empezando por Júpiter, hicieran en los templos el papel de cortesanos, mientras las jóvenes sirias y los senadores vestidos á la oriental ejecutaban danzas lascivas al son de una salmodia bárbara.

Mæsa comprendía que su casa necesitaba un apoyo mas sólido que aquel lúbrico mozuelo y fijó los ojos en Alejandro, el hijo de Mammea, casi niño todovía, pero de costumbres puras, de carácter dulcísimo y educado por los filósofos para hacer de él un Marco Aurelio. Elagabal lo adoptó; más arrepentido á poco, lo hubiera hecho perecer sin la actitud resuelta de los pretorianos en favor de Alejandro. Una ocasión en que el emperador había circulado la noticia de la muerte de su primo para estudiar el efecto que hacia en la tropa, espantado por la impresión que causara, corrió, acompañado de Alejandro, al campamento. Soemia que presidia un senado de mujeres lo acompañaba, y Mammea

á su hijo. Cada una abogó por su interés hasta que en medio del tumulto, Elagabal fué degollado, en las letrinas del campamento en donde se había refugiado. Su madre corrió la misma suerte. (222)

Justo es decir que durante este reinado el imperio gozó de una paz completa.

*Alejandro Severo (222-235).*— Un filósofo de trece años, lleno de ideas humanitarias y que tenia como genios tutelares en su *lararium* las imágenes de Abraham y Orfeo, de Cristo y Apolonio de Tyana, subia al trono con el nombre significativo de *Marcus Aurelius Severus Alexander*. En realidad su abuela y su madre gobernaron; esta llamó al consejo al celebre jurisconsulto fenicio Ulpiano de quien hemos hablado ya, y que como muchos otros había salido de la célebre escuela de Beyruth. Ulpiano gobernó justa y noblemente é hizo sabias modificaciones en las leyes y en la administración. El joven emperador que queria grabar en la fachada de su palacio esta inscripción *no hagas á otro lo que no quieras que te hagan á ti*, lo secundaba perfectamente; los bancos de depósito, los dones gratuitos á los labradores, la ampliación de la institución alimentaria de Trajano, prueban su filantropía. Desgraciadamente gustaba tambien de puerilidades y no solo dividió en gremios á los industriales del imperio, sino que se ocupó de reglamentar el modo de vestirse segun las estaciones y otras cosas por el estilo.

En cambio la insolencia de la soldadesca, árbitro y autor de la dinastía, iba en aumento: los pretorianos se batián en Roma con la plebe y se unían á ella para incendiar la ciudad. La emperatriz, podemos designar así á Mammea, quiso que Ulpiano se encargase del mando de aquellos insubordinados servidores; este probó á corregir los